

## DECIMO CONGRESO INTERNACIONAL DE FILOSOFIA

Amsterdam, 11-18, Agosto, 1948

Continuando la serie de congresos internacionales de filosofía, que se interrumpió con la segunda guerra mundial, se va a celebrar el *décimo* en Amsterdam el próximo mes de agosto de 1948, entre los días 11 y 18. Antes de que estallase la guerra había sido ya señalada Holanda como punto de reunión del futuro congreso, que solo ahora se va a realizar.

El tema central del congreso será: *El hombre, la esencia del hombre y la humanidad.*

Las secciones se organizarán de acuerdo con el siguiente programa:

- I. — Tema central: 1. El hombre, la esencia del hombre, la humanidad.
2. El oriente y el occidente. 3. El hombre y la religión.
- II. — Metafísica y ontología general.
- III. — Teoría de los valores. 1. Teoría general de los valores. 2. Ética. 3. Estética. 4. Filosofía de las leyes. 5. Economía.
- IV. — Lógica y metodología general.
- V. — Filosofía de la ciencia. 1. F. de las matemáticas. 2. F. de la naturaleza. 3. F. de la biología. 4. Psicología. 5. F. del lenguaje. 6. F. de la historia.
7. Sociología y etnología. 8. F. de la técnica.
- VI. — La época de Spinoza y de Leibnz.
- VII. — Historia de la Filosofía.
- VIII. — Filosofía oriental.

El Comité Organizador está presidido por *H. J. Ríos*, Rector de la Universidad de Amsterdam. El Secretario del Comité, a quien hay que dirigir toda la correspondencia, es el Prof. Dr. E. W. Beth, Bern. *Zweerskade 23 I*, Amsterdam, Z.

Como ven nuestros lectores « el hombre sigue siendo *el centro* de las preocupaciones filosóficas contemporáneas. Parece que el próximo congreso internacional se va a desarrollar en un ambiente propicio para estudiar y afirmar la supremacía de los valores espirituales del hombre. Hacemos votos para que el estudio del *hombre* sea sincero e *integral*, en su esencia y sus prolongaciones, en sus valores positivos y en su radical contingencia que postula ser satisfecha por una relación con lo *Absoluto*.

\* \* \*

*Las Facultades de Filosofía y Teología* de San Miguel y la revista *CIENCIA Y FE* se adhieren con entusiasmo a los tres congresos de filosofía que se celebran este año en Argentina, España y Holanda, y esperan de todos ellos resultados positivos.

## RESEÑAS BIBLIOGRAFICAS

CASIELLO JUAN, *Iglesia y Estado en la Argentina, Régimen de sus relaciones*. Editorial Poblet, Buenos Aires. 1948, 370 págs.

« No hay otro camino para llegar a soluciones objetivas y reales que preparar el ambiente con la siembra fecunda de la verdad, presentada adecuada e íntegramente, como solución de fondo, que nos lleve a la comprensión de los derechos de ambas sociedades, la Iglesia y el Estado ». Sintetiza en estos términos su Eminencia el Cardenal Caggiano en su prólogo a este libro el fin que se propuso el erudito autor, quien a su vez expresa la esperanza de que este tratado contribuirá a la realidad, desde largo tiempo reclamada, de la limitación pactada de la competencia mutua de los dos poderes, es decir del ordenamiento jurídico de las relaciones entre la Iglesia y el Estado.

En quince capítulos nos presenta el doctor Casiello las etapas más importantes de la accidentada historia de las relaciones entre la Iglesia y el Estado en la Argentina. Comienza con un análisis espiritual y religioso de la época precedente a la independencia, subrayando el hecho que la evangelización misionera fué en la colonización de España no algo accesorio sino factor principal.

Estudia el autor el Patronato en sus antecedentes históricos y en su realidad misma, pero iluminando los hechos con el concepto canónico del Patronato en su realidad jurídica. En el capítulo VII: « El Patronato y la Constitución del 53 », sostiene el autor « la posibilidad de una solución concordatoria sin reformar la Constitución », una doctrina no común hasta ahora, como hace notar el purpurado prologuista.

A este respecto leemos que « así como la Santa Sede podría admitir una limitación en su derecho en cuanto al *modo de ejercerlo*, sin que ello implique renunciar a lo que no puede renunciar, también cabe, sin desconocimiento de la pretendida atribución constitucional, *reglamentar o pactar su ejercicio*, en busca de la solución conciliadora, artículo 67, inc. 28 de la Constitución Nacional » (página 145).

Los asuntos que ante todo hacen desear una solución concordatoria se refieren al Régimen matrimonial y al Régimen educacional, temas que se desarrollan ampliamente en los dos últimos capítulos del libro.

El capítulo sobre el Régimen educacional es un testimonio de la tradición católica en la enseñanza de la naciente República, hasta que, en 1884, una « des-embosada ofensiva liberal » anuló prácticamente la enseñanza religiosa bajo la apariencia de una neutralidad que asegura la libertad para todos. La reimplantación de la enseñanza religiosa en 1944, que puso fin a este estado lamentable, es comentada con esmero y da la esperanza de llegar a un concordato con la Santa Sede.

• Una rica documentación, conceptos precisos y conocimiento sólido del derecho tanto canónico como civil, han de causar en el lector agradable impresión de seguridad, cuando es conducido por el autor a través de tantos problemas de orden jurídico e histórico.

La exposición de las concretas relaciones históricas entre la Iglesia y el Estado argentino, felizmente unida con una fiel interpretación de la doctrina católica acerca de estas dos potestades, da a esta obra un especial valor de orientación.

La abundante bibliografía será un auxiliar valioso para los que estudian los problemas tratados en este libro, que se convertirá en instrumento utilísimo en manos de todos los que luchan por la recristianización total de la vida pública.

E. K., s. i.

KIERKEGAARD SÖREN, *Temor y temblor*. Traducción de Jaime Grinberg. Biblioteca filosófica. Editorial Losada. Buenos Aires, 1947, 143 páginas.

El pensamiento central de esta obra gira en torno a la situación paradójica en que se encontraba Abraham cuando Dios le mandó sacrificar al hijo único Isaac. La contemplación de esta paradoja suscita en el filósofo danés (que en nuestros días ha pasado al primer plano de las preocupaciones filosóficas existencialistas) el problema trágico por el que el individuo se halla ligado con el Absoluto de una manera absoluta. Esta relación absoluta supone o exige en el individuo la fe en Dios, esa fe verdadera por la que ha de renunciar aun a aquello que desde el punto de vista de la moral general debería hacer. Y Kierkegaard habla así de una «suspensión teleológica de lo moral», que viene a ser la tesis de su libro. Como es fácil de ver la tesis misma parece en su estructura exterior o en su sentido obvio contradictoria: «teleología» significa «finalismo», ahora bien una suspensión teleológica, ha de ser por lo tanto *finalista*, o lo que es lo mismo, *moral*; de aquí que una tal suspensión de lo moral en realidad debe ser también moral, y por ello se destruye a sí misma en cuanto pretende suspender lo moral. La contradicción aparece frecuentemente en la corteza de las expresiones de Kierkegaard; así le vemos escribir: «qué inaudita paradoja es la fe, paradoja capaz de hacer de un crimen una acción santa» (p. 61); «la fe comienza precisamente donde acaba la razón» (*ibid.*). «El (Abraham) obra en virtud de lo absurdo» (p. 65). En realidad nunca un *crimen* puede ser una acción santa, ni la fe comienza con el absurdo; ni Abraham obra en virtud de un absurdo. ¿Qué le pasa entonces a Kierkegaard? Hay que leerlo por dentro, y no quedarse en la corteza; a través de esas expresiones paradójicas y contradictorias, hay que ver sólo su empeño de querer describir, sin disminuir ni un ápice de la cruda realidad, la tremenda prueba a que se vió sujeto Abraham, para creer en la palabra de Dios, aunque no *viera el modo* con que Dios podría cumplirla, después de sacrificado Isaac. Y esta prueba es en general propia de toda fe. Otro texto significativo aprovecha Kierkegaard, el famoso del cap. 14, v. 26 de San Lucas: «Si alguno viene a mí y no aborrece a su padre, su madre, su mujer, sus hijos, sus hermanos e incluso su propia vida no puede ser mi discípulo». Texto en el que parecería que Dios mandase algo inmoral. Pero, como dice el mismo Kierkegaard, lo que el texto quiere significar es que «Dios es aquel que exige un amor absoluto» (p. 84) y por Él, cuando lo pide, hay que obrar como si se aborreciera aunque se ame, a la manera como Abraham iba a sacrificar a su hijo aunque lo amaba.

Tal es el sentido íntimo de la tesis de esta obra, que ayuda a comprender la actitud filosófica propia de Kierkegaard. Repetimos que las expresiones a veces son confusas, al querer señalar la realidad el autor en toda su crudeza. Pero hay que expresarse así, aunque con el debido «temor y temblor» por tratarse de cosas tan grandes.

ISMAEL QUILES, s. i.

ZUBIRI, XAVIER, *Naturaleza, Historia, Dios*. Edición hispano-americana. Editorial Pöblet, Buenos Aires. 1948.

La Editorial Pöblet acaba de publicar en edición hispano-americana la ya conocida obra de Zubiri. Con la sobria elegancia característica de Pöblet, con-

tribuirá esta edición a difundir más fácilmente en la América española los estudios o reflexiones filosóficas de Zubiri que muchos están interesados en conocer. A nosotros nos ofrece la ocasión, que gustosamente aprovechamos, de dedicarle unas líneas.

El autor mismo nos da a conocer sencillamente su obra: «Contiene el presente volumen una serie de trabajos independientes, escritos en circunstancias muy variadas a lo largo de diez años». «A pesar de su carácter disperso, el conjunto de estos trabajos se halla dotado sin embargo de una cierta unidad. No piense el lector que esa unidad responde a un sistema latente. Trátase por el contrario temática y deliberadamente, de unas modestas reacciones ante algunas de las más graves inquietudes que agitan actualmente al pensamiento filosófico...; inquietudes nacidas, unas veces, de sus conflictos propios, debidas otras a la presión de la ciencia, de la filología o de la teología». No se trata pues, de una obra orgánica, ni siquiera de un sistema latente, sino de una situación o actitud o «mentalidad filosófica». Con esto nos confiesa claramente que no se halla afiliado a ningún determinado sistema o escuela. Sin auxilios o trabas sistemáticas Zubiri vive su inquisición filosófica, como amigo «del saber de lo más real de la realidad». El fruto más palpable para nosotros son estos artículos o estudios aquí reunidos.

Están éstos agrupados en tres secciones: I, Realidad, Ciencia, Filosofía; II, La Filosofía en su historia; III, Naturaleza, Historia, Dios; esta tercera parte, que da el título a toda la obra, es sin duda la más importante y de ello ante todo nos ocuparemos. En la primera nos habla Zubiri de la esencia del saber filosófico. La ciencia, la filosofía, su historia y la vida intelectual se van integrando para el autor en una íntima e indisoluble comunicación.

En la segunda parte se ocupa de algunos problemas de la historia de la filosofía: notas sobre Suárez, Descartes, Pascal, Hegel, Brentano; un detenido y jugoso estudio sobre Sócrates y la sabiduría griega; y otro estudio magnífico sobre Hegel y el problema metafísico.

La parte tercera reúne cuatro secciones: La idea de naturaleza; la nueva física. El acontecer humano: Grecia y la pervivencia del pasado filosófico. En torno al problema de Dios. El ser sobrenatural: Dios y la deificación en la teología paulina. Como ven los lectores, esta tercera parte se va abriendo en horizontes cada vez más amplios sobre el ser: en su naturaleza y en su historia; luego se remonta a la consideración del problema sobre el Ser infinito en el plano filosófico; y por fin sube al plano del ser sobrenatural con la consideración de problemas estrictamente teológicos.

La idea de naturaleza gira en torno al problema planteado por la nueva física. Los descubrimientos de la física atómica han llevado a la ciencia física a una nueva crisis sobre lo que es la realidad del mundo físico; según Zubiri, este no es un problema de lógica o teoría del conocimiento científico, sino de «ontología de la Naturaleza» (p. 322). «Es decir, es un problema ontológico y científico a un tiempo». Nuevamente vuelve Zubiri sobre la tesis asentada al principio de su obra. La ciencia sola lleva a la esterilidad en la vida intelectual. «Cuando una ciencia vive, es decir, tiene espíritu, se encuentran en ella... el científico y el filósofo. Como que filosofía no es sino espíritu, vida intelectual».

Muy interesantes reflexiones sobre la pervivencia del pasado filosófico, especialmente de la Grecia de los presocráticos contiene la sección segunda. En realidad discute una concepción general de la historia misma, no en su contenido (los hechos históricos) sino en el acontecer humano en cuanto tal. Grecia y su filosofía, concebidas como nuestros clásicos, pueden reclamar nuestra admiración (Nietzsche) o nuestra rebelión (Hölderlin) (p. 329). Sin embargo, lo esencial para nosotros, no es que ellos sean nuestros clásicos. Lo esencial en el acontecer humano es que el «pasado» es el que da las «posibilidades del presente» y de esta manera, el pasado nos interesa, no como algo clásico y arcaico, no porque seamos su continuación y prolongación, sino porque nosotros *somos* el pasado, en cuanto «somos el conjunto de posibilidades de ser que nos otorgó»

pasar de la realidad a la no-realidad» (p. 350). No podemos extendernos más en exponer el matizado pensamiento de Zubiri; a lo que él tiende —y es interesante el hecho mismo de señalar el problema— aun prescindiendo de sus consideraciones personales más o menos discutibles— es a «llegar a una idea del que incluya la historia» (p. 359):

Sin duda que lo más agudo (en doble sentido: *culminante* y *finura intelectual*) de la obra son las páginas escritas «en torno al problema de Dios». De hecho este problema afecta a toda la filosofía, aun en la forma en que Zubiri lo trata aquí. Declara él al principio que no se va a ocupar de los problemas que la divinidad plantea al hombre; ni siquiera del problema de la existencia; sino de algo «previo y más radical: ¿existe un problema de Dios para la filosofía?». Y más precisamente aún: «de la posibilidad filosófica del problema de Dios». En el primer capítulo introductorio Zubiri se sitúa en el problema. Por analogía con el problema del mundo exterior se plantea el que a Dios mismo se refiere. Es una observación muy interesante, debida a la filosofía moderna, que aprovecha y aplica el autor con acierto y profundidad. El problema de la existencia del mundo «exterior», tanto para el realismo como para el idealismo ha tenido siempre dos supuestos: que la existencia del mundo exterior es un «hecho» y que es un hecho «añadido» a los hechos de conciencia. Ahora bien el análisis de «la subjetividad misma del sujeto» nos muestra que éste *consiste formalmente* en estar «abierto» a las cosas. Entonces, no es que el sujeto exista y, «además» haya cosas, sino que el ser sujeto «consiste» en estar abierto a las cosas. La exterioridad del mundo no es un simple *factum*, sino la *estructura ontológica* formal del sujeto humano» (p. 365). Estas y otras observaciones (que en su formulación radical exigen tal vez alguna mitigación), contienen sin duda un aspecto real de la subjetividad, importantísimo y poco o nada tenido en cuenta. Y de mucha luz para introducir al problema de Dios, pues se ha planteado siempre en forma parecida al del mundo exterior y debería plantearse según la nueva estructura de la subjetividad: «¿Es la existencia de Dios *quoad* nos tan solo un *factum*? ¿Es el acceso a ella algo tan solo necesariamente *consecutivo* al modo de ser de la razón humana? ¿No será, tal vez, *quoad* nos algo *constitutivo* suyo? ¿Son el conocimiento, o el sentimiento, o cualquier otra «facultad», el *órgano* para entrar en «relación» con Dios? ¿No será que no es asunto de ningún *órganon*, porque el *ser* mismo del hombre es constitutivamente un ser en Dios? ¿Qué significará entonces este «en»? ¿Qué sentido tiene, en tal caso, una demostración de la existencia de Dios?» (p. 367).

Hemos transcritto esta larga serie de preguntas porque en realidad ellas precisan el horizonte del problema de Dios, según Zubiri. Efectivamente, va a ir contestando él a cada una de ellas en las siguientes páginas. Tal vez ya la respuesta definitiva (y afirmativa); a esa problemática se halla inmediatamente en el cap. II: *Existencia y religión*. Siguiendo el moderno tema del análisis de la existencia humana, Z. ve, como Heidegger, que no sólo consiste en *encontrarse* entre las cosas y *hacerse a sí misma, cuidándose de ellas y arrastrada por ellas*; no sólo en estar *arrojada* entre las cosas; sino que ese su no ser nada sin y con las cosas, supone una nihilidad ontológica más radical (p. 368). Y es que el hombre se halla implantado en la existencia, o mejor aún en el ser, como algo *impuesto* a él; «se encuentra apoyado a *tergo* en algo, de donde le viene la vida misma» (p. 371). «El hombre, no sólo no es nada sin las cosas, sino que, por sí mismo no «es». No le basta poder y tener que hacerse. Necesita la fuerza de estar haciéndose. Necesita que le hagan hacerse a sí mismo. Su nihilidad ontológica es radical». Así pues además de cosas «hay» también lo que hace que haya. Este hacer que haya existencia no se nos patentiza en una simple *obligación* de ser. La presunta obligación es consecuencia de algo más radical: estamos *obligados* a existir, porque previamente estamos *religados* a lo que nos hace existir. Este vínculo ontológico del ser humano es «religación» respecto de aquello que «previamente nos hace ser». (p. 372) y «pudiéramos llamar la *fundamentalidad* de la existencia humana» (p. 373). Pasando, pues, felizmente más allá del existencialismo negativo de Heidegger, llega Zubiri a la comprobación de que «la existencia humana, no solamente está *arrojada* entre las cosas,

sino *religada* por su raíz» y por tanto el hombre no *tiene* religión, sino que *velis nolitis, consiste* en religación o religión» (p. 374) y «por el mero hecho de existir personal y religadamente» se halla «en el ámbito de la deidad» (p. 375).

La demostración de la existencia de Dios, no queda suprimida ya, sino que, debe *ahora* hacerse para determinar la realidad y la naturaleza de eso que es la fundamentalidad esencial de la existencia humana. En los capítulos siguientes lo precisa Zubiri junto con la observación de que la religación incluye a la vez la «libertad» y por ello la posibilidad de volverse el hombre contra su propio ser y negar su fundamentalidad (Cap. V). De ahí nace la posibilidad del ateísmo (Cap. VI). Muy profundas reflexiones sobre el ateísmo vienen a coronar este capítulo final. En el ateísmo «la vida *fundamentada* sobre sí misma, aparece internamente *desfundamentada*, y, por tanto, referida a un fundamento de que se ve privada» (p. 394). «En el fondo de gran parte de la filosofía actual yace un subrepticio endiosamiento de la inteligencia. Probablemente, es necesario apurar aun más la experiencia. Llegará seguramente la hora en que el hombre, en su íntimo y radical fracaso, despierte como de un sueño encontrándose en Dios, y cayendo en la cuenta de que en su ateísmo no ha hecho sino estar en Dios» (p. 397). Estos capítulos llevan las fechas 1935 y 1936, pero son ahora más actuales que entonces. El existencialismo claramente ateo tiene mucho que meditar sobre su radical *desfundamentación*, o mejor, su radical incompreensión de la realidad del existir humano.

En la última sección, formada por notas a algunos textos de San Pablo, Zubiri se eleva al orden sobrenatural del ser. Según San Pablo, Cristo es el conjunto y resumen de todo, como *plenitud*, (*pléroma*) de todo ser divino y creado. *Procesiones trinitarias*; *creación* de la naturaleza y del hombre, *deificación* de la naturaleza y sobre todo del hombre por la encarnación y la gracia santificante, son los tres modos metafísicamente distintos de la efusión del ser divino entendido como amor. He aquí una hermosa concepción teológica, fundada en la mente de los Padres griegos, y una digna corona de los estudios filosóficos reunidos en esta obra.

La primera edición de *Naturaleza, Historia, Dios*, hecha por la Editora Nacional, Madrid, 1944, no sólo despertó interés entre los que ya conocían a Zubiri, sino que en conjunto mereció las críticas más favorables en las revistas filosóficas. Sin duda que las merece. Zubiri es un metafísico profundo, que se halla en su elemento al llegar a la mayor intimidad de los últimos problemas de la filosofía; pero tiene otra cualidad, que valoriza más aún la primera, una mentalidad clara y serena, que permite ver sin esfuerzo hasta el fondo, por una exposición transparente. No hallamos el afán de novedad, de llegar a ser el creador de un sistema nuevo, sino al filósofo que sencilla y sinceramente va diciendo lo que ve; rara vez hallamos en su exposición el virtuosismo conceptual de otros filósofos (Heidegger, es un buen ejemplo), que aun cuando supone agudeza y penetración, no siempre es el mejor método para hacer patente el verdadero fundamento y los problemas de la metafísica: Zubiri es una mentalidad equilibrada que sabe juntar la penetración y agudeza con la diáfana y sencilla expresión del pensamiento.

En cuanto a las fuentes de su inspiración es fácil reconocerlas: conoce a fondo la filosofía griega lo mismo que la filosofía cristiana, especialmente la escolástica; creemos que al estudio de ambas debe principalmente Zubiri esa disciplinada serenidad intelectual de que carecen no pocos filósofos modernos; pero el pensamiento contemporáneo no escolástico es el que ha dado a Zubiri su forma predominante: en el modo de pensar y exponer y en su *contenido*, Zubiri debe a la filosofía moderna gran parte de su actitud filosófica: Husserl, Scheler, Ortega y Gasset y Heidegger son claramente perceptibles en influencias, muy profundas. Pero no dudamos en afirmar que ha sabido aprovechar las piedras angulares del pensamiento moderno, mejor que sus mismos maestros; por lo menos, en cuanto a lo que nosotros hemos podido comprobar. Siguiendo el método o actitud fenomenológica (Husserl), lo aplica al análisis de la existencia humana y con los existencialistas ve el estar arrojado en el mundo como estructura de la misma (Heidegger); pero fiel al análisis de la subjetividad de la exis-

tencia humana, descubre también su visibilidad radical en sí misma, y su estructura esencial de verse necesitada a vivir, (*engagé*, diría Marcel) fundamentada a *tergo* por algo con la que está esencialmente religada (Zubiri) viéndose así, por su estructura implantada en el área de la deidad (aplicación, con claras reminiscencias, de la teoría de la «revelación natural» de Scheler al caso de la existencia humana). El pensamiento de conjunto tiene pues su originalidad personal, dentro del marco de la filosofía actual, y por cierto con un fundamento más sólido que los otros sistemas y con mayor fidelidad al análisis de la existencia humana. Zubiri es una prueba de que el análisis de la existencia humana en cuanto tal, sólo puede llevar al ateísmo o a cualquier otra desviación filosófica, en el caso de que no se considere al existir humano *integralmente, realmente y fielmente*.

ISMAEL QUILES, S. I.

BOURKE, VERNON J., *Thomistic Bibliography. The Modern Schoolman*. Supplement to Vol. XXI. St. Louis, 1945.

Tal vez algunos de nuestros lectores no conozcan todavía este importante instrumento de trabajo para la filosofía tomista, pues creemos que no se ha difundido entre los lectores de habla española. Juzgamos por ello de interés dedicarle nuestra atención.

Vernon J. Bourke es uno de los escritores más sobresalientes en el campo filosófico en los Estados Unidos. Después de sus estudios filosóficos en la Universidad de Toronto, en el tradicional St. Michael's College, y en el Instituto de Estudios Medievales de la misma ciudad, ha sido durante más de quince años miembro del Departamento de Filosofía de St. Louis University. Entre sus obras figura un profundo estudio sobre San Agustín: *Augustin's Quest of Wisdom*, Bruce, St. Louis, 1945, 323 págs.

La presente Bibliografía Tomista se presenta como continuación de la célebre *Bibliographie Thomiste* de Mandonnet-Destrez, que termina en 1920. Ciertamente que es una digna continuación, pues comprende 2.219 títulos, clasificados en secciones y está dotada de cuatro índices que facilitan su manejo. Naturalmente reúne la bibliografía posterior a 1920 hasta 1940.

El autor ha preferido la clasificación por materias, según las siguientes secciones, después de algunas «bibliografías previas»: I, Vida y personalidad del Santo Tomás; II, Las obras de S. T.; III, Doctrinas filosóficas; IV, Doctrinas teológicas; V, Relación histórico-doctrinales.

Como fácilmente puede verse, estamos ante un trabajo de gran magnitud, verdaderamente digno de encomio y sumamente útil para la filosofía tomista. A este aprecio que nos merece la obra juntamos el que merecen la St. Louis University (St. Louis, U. S. A.) de la Compañía de Jesús y la Provincia Jesuítica de St. Louis, que han contribuido a financiar la edición.

ISMAEL QUILES, S. I.

SÁLVADOR CUESTA, S. I. — *El equilibrio pasional en la doctrina estoica y en la de San Agustín*. Estudio sobre dos concepciones del Universo a través de un problema antropológico. Consejo superior de Investigaciones científicas, Instituto filosófico «Luis Vives», Madrid, 1947, 295 págs.

Este libro que nos presenta el P. Salvador Cuesta, S. I., es una original revisión de dos doctrinas frente a un problema, «colocado estratégicamente en el vértice de reunión de importantes disciplinas filosóficas». Esta posición del problema pasional añade a su intrínseco interés el facilitarnos una concepción total del universo, una *Weltanschauung*. La razón es sencilla. Las tendencias pasionales constituyen en sí un problema psicológico. Y como estas tendencias conectan al hombre con los otros seres, a los que se dirigen, exigen un juicio acerca de ellos. Y, finalmente, en este «tender» se encarna el objeto de la Ética.

Este enfoque favorece notablemente el estudio del estoicismo, cuyo común exponente se reduce a una análoga posición pasional. Ella constituye el origen y el nervio de esta escuela, en torno al cual se van a adherir soluciones complicadas, vagas y hasta contradictorias de los demás problemas filosóficos. Es un acierto del autor el haber encontrado en la apatía o equilibrio estoico lo esencial de la escuela, cuya unidad la crítica o había negado o había puesto en una actitud y preocupación moral. Palabras ciertas estas últimas; pero demasiado amplias. Claramente llega el P. Cuesta, utilizando los juicios que ha merecido el estoicismo y repasando su misma doctrina, a poner un cerco preciso al elemento esencial de toda la escuela.

Aparecen después las posiciones particulares de las distintas épocas y filósofos en un rápido análisis crítico, que se detiene especialmente en Séneca, Epicteto y Marco Aurelio. La apatía se presenta en cada uno de ellos con un fondo común y con matices propios. Y no podía ser de otra manera. Un problema hondamente vital como éste debía salir distintamente moldeado de las manos del preceptor de Nerón, Séneca, de un esclavo, Epicteto, y de un emperador, Marco Aurelio.

La apatía es la preocupación de todos ellos. Su origen es el equilibrio por la extirpación más o menos radical de las pasiones. Su origen es el pesimismo. Sus herramientas, la represión y purificación pasional. Su objetivo, la imperturbabilidad. Su modelo, la naturaleza.

La segunda parte es una exposición del sistema agustiniano. Empieza ésta por donde empezó el santo, es decir, por sus experiencias pasionales. Cada experiencia es un retrato del alma de Agustín, que se nos muestra perpleja primero ante la lucha de dos tendencias opuestas que la desgarran, aceptando después la explicación maniquea y abrazando por último la verdadera solución. Con ella proseguirá el camino. «He buscado tu rostro y lo buscaré, Señor, porque estar lejos de ti es vivir amores tenebrosos». De convertido llegará a santo.

En su problema San Agustín ha encontrado la unidad de todo el universo. Esta visión panorámica, que no puede ser más audaz y equilibrada, tiene su centro en el hombre y abarca toda la naturaleza y a su Creador.

La bondad entitativa y dinámica de las pasiones y de la obra de Dios en general, el valor sacramental de la naturaleza, la Encarnación del Verbo y la vida pasional, el amor y la mortificación de las pasiones, son los capítulos que completan el fundamento doctrinal del equilibrio agustiniano.

El hombre, todo el hombre, está hecho para Dios. Pero el hombre está en un mundo hecho también por Dios. Si sigue la voz de la Unidad en sí mismo y en el uso de las cosas, caminará en la armonía, en el equilibrio. Porque el desgarramiento, que es ruptura y división, es incompatible con la Unidad.

Pero «no se puede negar que los cuerpos tienen algún brillo y hermosura», «que tienen su atractivo» y «nos comunican algún deleite».

Esta tendencia al Creador y a las creaturas dá al problema pasional su peculiaridad propia. Agustín, «hombre de pasiones», hizo de este problema el problema de su vida. Y es el problema de todo hombre. Perseguir desordenadamente a las creaturas y alejarse del Creador es marchar a la propia dispersión, al propio aniquilamiento. Es buscar inútilmente saciar un ansia que supera la caducidad de las cosas. S. Agustín ofrece el testimonio de su vida: «Fecisti nos ad te, et inquietum est cor nostrum donec requiescat in te». (Nos hiciste para ti, e inquieto está nuestro corazón hasta que descansa en ti).

He aquí como el mismo autor condensa estos pensamientos: «El equilibrio consiste en que el amor del hombre, por medio de sus tendencias, se dirija a Dios. En este estado la dirección del hombre es una, sus tendencias van paralelas, la suavidad de Dios armoniza, recoge y unifica las pasiones del hombre. El desequilibrio consiste en la desviación de Dios, que padece el amor por entregarse a los objetos de las tendencias pasionales particulares».

El equilibrio exige la mortificación. También la exigían los estoicos y hasta los epicúreos, pero de muy distinta manera. «San Agustín, en su doctrina pasional, tenía que admitir la mortificación. Es un elemento que entra en

todos los sistemas morales. Entraba incluso en el epicureísmo, pues para llegar a la armonía en la complacencia de todas las tendencias, era necesario sujetar previamente cada una de ellas. El estoicismo propugnaba la mortificación, no para llegar al goce armónico, sino para no sentir la necesidad del goce... La doctrina agustiniana la propugnaba, no para llegar a la armonía del goce epicúreo, sino para hacer posible un goce muy superior. Esta es la coincidencia puramente material de los diversos sistemas morales. «Además, las pasiones y la mortificación se mueven en Agustín impelidas por el soplo del amor, que no consideraron los estoicos».

La grandeza de la concepción agustiniana, que es una de las más felices formulaciones racionales del Cristianismo, aparece evidente y se acentúa a lo largo de toda la obra. Contrapuesta a un sistema pagano contemporáneo, y precisamente a uno de los más elevados y elegantes, la demostración adquiere un valor apoloético.

En una breve conclusión se puntualizan los resultados de esta confrontación. Hay semejanzas accidentales; pero el pensamiento cristiano supera y se diversifica tan substancialmente de los sistemas paganos, que es imposible suponer una simple y natural evolución del pensamiento para explicarlo.

Viniendo a lo pasionalógico, «el estoicismo afirma la artificialidad y la antinaturalidad de las pasiones». San Agustín ve en ellas «una tendencia a la felicidad, comunicada a las criaturas por la bondad difusiva de Dios, enderezada por la providencia... para que lleguen a la perfecta unión en amor con El». «El estoicismo pone el fin en la apatía misma». «Para San Agustín... es el camino para llegar a la paz perfecta, al bien positivo, a la felicidad completa que consiste en la posesión de Dios».

Gerardo Claps, S. I.

GUILLOUX, PEDRO. — *El alma de S. Agustín*. Trad. de la 2.ª ed. francesa por Ignacio Núñez, Luis Gili, Barcelona, 1947, 240 págs.

En las 240 páginas de su libro el autor ha logrado no sólo seleccionar acertadamente los pasajes de las obras del Santo en las que con tanto vigor y realismo se pinta Agustín a sí mismo, y ordenarlos, presentándonos así una imagen acabada de la personalidad agustiniana, sino que ha sabido además colocarla en el ambiente real y subyugante que nos permite apreciar en toda su amplitud y dolorosa realidad la lucha del alma de Agustín empeñada en romper las cadenas que le impiden entregarse a quien una vez libre dirá: «Tarde te amé Hermosura siempre antigua y siempre nueva, tarde te amé».

Atisbos de luz y verdad, un sumergirse en la vaporosa somnolencia de los bajos placeres, la desesperada búsqueda de un alma entenebrecida y hastiada, una lucha penosa y larga para desenredarse de los lazos cautivadores, un arrojarse frenético y embriagador en los brazos de la Eterna Verdad, esto es lo que podríamos llamar «la biografía del Alma de San Agustín».

La infancia sin preocupaciones, la primera enseñanza y la entrada en la adolescencia culminando con el amargo «año décimosexto» nos ponen al tanto de la personalidad del novel estudiante que arriba a Cartago «la Nodrizza de los abogados» y se sumerge prontamente en el lodazal de las bajas pasiones, mientras su alma, cuya característica es tender hacia las alturas (lo hace notar el autor en acertados toques psicológicos) se entrega primero al escepticismo y neoplatonismo y luego al maniqueísmo.

El verbo de Ambrosio, sabio y lleno de unción iluminó su alma catecumenal y de sus manos recibió las aguas regeneradoras después de una lucha desgarradora para desligarse de las ataduras del pasado. El capítulo séptimo es de un vivo y palpitante interés.

La vida del convertido en el círculo íntimo de sus amigos, el Pastor celoso e insaciable de las almas y el Apologista del cristianismo son los tres aspectos que en los diez restantes capítulos desarrolla el autor con singular maestría, llamando la atención tanto las acertadas y breves síntesis de las doctrinas como

el estilo vívido y atrayente que hace que el lector se encuentre desde un principio cautivado y acabe sintiendo que su corazón late al unísono del palpitante, viril y sensibilísimo corazón de Agustín.

La apacible actuación de Mónica dechado de madres cristianas está relatada de modo que produce profunda impresión.

En cuanto al contenido ideológico podemos decir que es rico, ya que el autor va sacando a luz la posición de Agustín ante los diversos problemas filosóficos y teológicos de su tiempo como escepticismo, neoplatonismo, maniqueísmo, pelagianismo, frente a los cuales mantuvo lucha tenaz y porfiada, ejerciendo poderoso influjo con sus escritos en la cultura de su tiempo y en la posteridad.

Como ya insinuamos más arriba, y el mismo autor parece indicar en su prólogo, no es su principal intención el tratar las doctrinas de San Agustín, sino más bien hacer revivir y latir ante nosotros el magnánimo corazón del santo, y esto creemos que lo ha conseguido con singular acierto; el resultado es realmente un merecido premio de las largas horas que confiesa haber pasado entre los infolios Agustinianos.

La traducción correcta.

O. E. Wiedemann, S. J.

LAHR, C., S. I., *Curso de Filosofía*. Vigésimasexta edición castellana. Ampliada y revisada por el R. P. Ismael Quiles, S. I., Profesor de Filosofía en el Colegio Máximo de San Miguel. Editorial Ángel Estrada y Cía. S. A. Buenos Aires. Argentina. 1948. Tomo I, 938 págs. Tomo II, 829 págs.

No es cosa fácil escribir un Curso de Filosofía, un Manual o un Tratado que abarque lo principal dentro del inagotable saber humano. Se expone, el que tal pretenda, o a dar una idea muy superficial en su intento de ser breve o por el contrario a alargarse demasiado con mengua de la claridad y utilidad de la obra. Y sin embargo tales Cursos o visiones panorámicas son del todo necesarios, especialmente en nuestros tiempos, cuando se vive con apuro, sin poder darse a la tranquila reflexión ni al estudio profundo y por otra parte se desea saber de todo, al menos algo, para poder opinar de todo...

El «Curso de Filosofía» del P. Lahr, S. I. es una obra universalmente aceptada dentro de su género y que satisface plenamente «la necesidad que sienten tanto los jóvenes estudiantes del bachillerato, como los que ya han ingresado en la Universidad, y aun los hombres maduros que desean introducirse en el estudio de los problemas filosóficos, de un tratado suficientemente extenso, sin llegar a la especialización, y que a la vez presente con claridad, orden y precisión admirables el conjunto de los problemas filosóficos».

Prueba de que no hay exageración en las líneas del prólogo, más arriba transcritas, es el hecho de que el «Curso de Filosofía» del P. Lahr ha superado la veintena de ediciones en su idioma original francés y otro tanto en castellano además de estar traducido a varios otros idiomas.

La claridad del autor nos parece ser la razón de este asombroso éxito, unido a cierto gusto humanista y a un equilibrio que le hace preparar al lector «nontantum scholae sed vitae» «no sólo para la clase sino también para la vida». El mismo P. Lahr dice que «lo esencial en la preparación del alumno es desarrollar en él el gusto y la costumbre de la reflexión personal, sin los cuales no hay formación filosófica, e inculcarle sobre todo convicciones sólidas y razonadas sobre las grandes verdades que deben servir de base a su fe y de dirección a su vida». Con este mismo fin agrega en los Apéndices que acompañan los distintos capítulos desarrollos que se podrán consultar con interés y provecho y que amplían la materia expuesta, siempre bajo ese aspecto práctico, vital.

La primitiva traducción castellana del P. Lahr, llevada a cabo por Trinidad Osuna, tuvo por base la edición francesa de 1900. Se hacía pues desear una nueva edición que introdujese las modificaciones indispensables y ampliase más la obra, enriqueciéndola con los principales aportes filosóficos de lo que va del

siglo. Tal tarea la realizó el P. Gabriel Piccard e idéntico propósito ha movido al P. Ismael Quiles a una prolija revisión de todo el tratado a fin de adaptar la obra ya clásica de Lahr a las exigencias actuales. Sale así, esta nueva edición corregida en parte en lo referente a la traducción primera y ampliada con las referencias a las principales manifestaciones del pensamiento filosófico moderno. En Psicología, expone la teoría psicoanalítica el P. Antonio Ennis, S. I. cuyo reciente fallecimiento ha sido muy lamentado en el ambiente intelectual argentino. En Historia de la Filosofía se agregan dos nuevos capítulos referentes al panorama de la filosofía a partir de 1920 y otro a la filosofía en la Argentina. Son ambos breves y se ve el empeño de no pronunciarse aún ante personas y obras que por lo recientes no pueden tener la definitiva apreciación que suele dar la pátina del tiempo.

La Editorial Estrada presenta la obra con la pulcritud acostumbrada, son de alabar los dibujos y gráficos de la parte fisiológica por su nitidez.

En suma, creemos que esta nueva edición de la obra del P. Lahr, así ampliada y renovada, será de gran utilidad y le auguramos el mismo rotundo éxito de las precedentes.

J. A. S.

FARINELLI ARTURO, *El Romanticismo en Alemania*. Argos. Buenos Aires, 1948, 201 págs.

La Colección « Crítica Literaria » de la Biblioteca Argos, que nos ha brindado obras tan buenas como « La Poesía Pura » de Brémond, acaba de presentarnos el notable libro de Arturo Farinelli « El Romanticismo in Germania », traducido por V. Piñera y C. Coldaroli.

Se trata de una de las mejores obras en su especie sobre el Romanticismo. Brevemente (el texto es de unas 90 páginas) vemos desfilar las grandes figuras románticas alemanas, especialmente las del primer momento: los Schlegel, Novalis, Wackenroder, Tieck; sin dejar a los precursores: Herder, Goethe, Schiller; ni a los filósofos que, en estrecha relación con todo el grupo romántico, fueron los intérpretes lógicos de él: Fichte, Schelling, Schleiermacher.

No es el análisis frío que nos deja a distancia del objeto, ni es tampoco la ceguera apasionada de un interesado ni menos aún de un adversario. Tiene el entusiasmo suficiente para interesarnos y comunicarnos hondamente un fenómeno, el más difícil quizás de analizar sin deformarlo; pero tiene a la vez la serenidad necesaria para no dejarse engañar y para profundizar en su asunto.

Este es, en realidad, de una importancia grande, porque el Romanticismo tiene un gran valor humano y señala un punto de la historia que no se ha tratado aun con la profundidad que merece su trascendencia vital, quizás incomparablemente mayor que la del mismo Renacimiento. Además, el Romanticismo alemán presenta caracteres que lo designan como un fenómeno único en la historia de la cultura, completamente distinto a los que en Francia, en Inglaterra, en España, llevan el mismo nombre.

En efecto, señala muy bien Farinelli el aprecio de los románticos alemanes a la razón, aun en medio del entusiasmo poético, cosa que no encontramos, por lo menos en tal grado, ni en los franceses ni mucho menos en los españoles, fuera de Bécquer. Tiene también íntima relación con esto la unión entre poesía y filosofía que es lo que le presta al Romanticismo alemán ese carácter de único e irreductible a otros fenómenos culturales semejantes. Es notable ver poetas y filósofos reunidos en la creación de un mundo ideal (en el doble sentido de la palabra), transportando unos el pensamiento filosófico a la contemplación poética, y haciendo otros del sentimiento poético el centro de su filosofía.

Farinelli no es filósofo, pero es intuitivo. Su visión es certera y vígorsora, pero allá en el fondo quedan profundidades sin luz. ¿Por qué no asomarse un poco más hacia ese fundamento último del romanticismo, y analizar la influencia de la síntesis kantiana en la introversión, en el aislamiento, en la nostalgia de los románticos, tan bien señalada por Farinelli? ¿Por qué no examinar más

a fondo las relaciones que existieron entre el momento romántico y el momento germano, ya que no es posible dejar de lado, al hablar del Romanticismo alemán, ese integrarse, comprenderse y lanzarse vertiginosamente adelante de la Alemania que sigue a Goethe y que vibra en los románticos determinando en ellos un empuje que no podía tener, v. gr. el romanticismo francés?

Farinelli trata también de la religión en la Alemania romántica. Problema interesante, si los hay, ya que entran en juego en este caso elementos raciales, elementos protestantes, elementos católicos, elementos panteístas y sentimentales? El autor los ve, los siente y los expresa, uno a uno, pero la síntesis no aparece. También pone notablemente las bases de un estudio que podría hacerse, y muy interesante, sobre las relaciones entre el Romanticismo alemán y el Modernismo religioso que deriva directamente de Schleiermacher: dogmas católicos tomados no en cuanto normas del pensamiento sino en cuanto símbolos de sentimientos religiosos que evolucionan con la humanidad, síntesis sentimental entre el yo y el cosmos religioso, agnosticismo evolucionista. Todos estos puntos, diseminados por la obra, hablan de la penetración de Farinelli y nos presentan al libro como una cantera de elementos que se ofrecen espontáneamente para otra obra más profuda aun, verdadera filosofía de la historia.

Indudablemente, el libro supone el conocimiento de los autores de que trata. Damos esta advertencia para los que pretendieran encontrar en él un sustituto de la lectura de los románticos alemanes. Es un libro más para profesores que para estudiantes. En este sentido, no puedo dejar sin señalar la notable bibliografía que ocupa la mitad del libro. Las obras de los autores románticos, las obras de crítica sobre cada uno de ellos, las obras generales que estudian, totalmente o de soslayo, el Romanticismo alemán en literatura, filosofía y artes influenciadas por él. Y todo esto, no de una manera confusa, sino bien dividida, criticada, jerarquizada y completa.

La impresión, elegante, moderna y clara a que nos tiene acostumbrados la colección Argos.

J. S.

DURANT, WILL, *Historia de la filosofía*. (De Sócrates a John Dewey). Traducción directa del inglés por J. Farrán Mayoral. Segunda edición. Joaquín Gil, editor, Buenos Aires. 1947, 622 págs.

Realmente uno se queda perplejo al recorrer las páginas de esta « Historia de la filosofía » de Will Durant. El secreto del éxito editorial que este libro llegó a tener en Estados Unidos resulta explicable, porque el autor es un divertido « narrador » de la vida y de las ideas de los filósofos que ha escogido para su obra. Tiene un natural buen humor, que hace sonreír con frecuencia al lector; una ironía picaresca con la que actualiza las ideas antiguas que resultan las mismas de hoy, porque el hombre tiene aspectos esenciales invariables. Es una lástima que ese don natural del buen humor y de la ironía, le hace a veces perder el sentido de la responsabilidad en la apreciación de los hechos y de las ideas. Al lado de una crítica simpática y muy buena hecha a Nietzsche, por ejemplo, tenemos la exposición de las ideas, excesos y errores de la mordacidad de un Voltaire, sin crítica, sin situación y más bien en un ambiente de benevolencia. El salto que da Durant, pasando de Aristóteles a Francisco Bacon, que vino al mundo diecinueve siglos después del Estagirita, es una laguna demasiado grande, prescindiendo de si los escolásticos existieron o no; es lástima que la idea que nos da de la edad media, de paso en la crítica a la República ideal de Platón, no sea conforme a la realidad. Todo ello significa que uno que no tenga el criterio filosófico formado, puede recibir perspectivas desenfocadas de la historia de la filosofía, al lado de otros datos informativos interesantes sobre doctrinas, anécdotas biográficas y reflexiones de actualidad, expuestas con el mejor buen humor.

La obra comprende estudios sobre Platón, Aristóteles, Francisco Bacon, Spinoza, Voltaire, Kant, Schopenhauer, Spencer, Nietzsche, Bergson, Croce, Russell, Santayana, James, Dewey.

R. L. S.



RACHEL HUGO, *Culturas, pueblos y estados*. Editorial Zamora. 1948. 469 págs. en octavo.

El señor Federico Schaufele ha traducido para la editorial Zamora «Kulturen, Völker und Staaten» de Hugo Rachel, publicado en Berlín, 1931. Se trata, en realidad, de una Historia Universal que supera los libros de texto que suelen correr sobre la materia. Ha guiado al autor, como él mismo lo dice en el Prefacio, el deseo de abarcar sucintamente todas las ramas de la evolución de la humanidad y compendiar a grandes rasgos el confuso cúmulo de hechos.

Admira en un historiador alemán, tan cuidadosos de ordinario en estar al tanto de los últimos descubrimientos, que parece ignorar cosas fundamentales y confundir los hechos meramente probables de los ciertos.

Aquí van unos pocos lugares entresacados al azar:

«Habrán transcurrido centenares de milenios hasta que el hombre-monó, desprovisto del habla, completó su evolución hasta formar la cúspide de la creación (sic), el Homo-sapiens». Y todo esto tal cual, sin atenuantes de ninguna especie, para pasar inmediatamente a hablar de otro tema.

De la antropología y sus descubrimientos, Rachel solo anota la existencia del Neanderthal y el Le Moustier. Después de citar esos dos únicos descubrimientos, dice: «eran aquellos seres, tanto en su apariencia como en su forma de vida, muy semejantes a las bestias, y de acuerdo al desarrollo del maxilar y de la caja craneana, sólo deben haber poseído rudimentos del habla y del raciocinio».

Después de las invasiones bárbaras, afirma Rachel, «la Iglesia, única portadora de cultura, disponía de escasos medios de instrucción, los pocos restos grecorromanos». Si eran pocos o no, consúltelo Rachel; pero, viniendo al Renacimiento, afirma: «En Italia, que, gracias a su vivo intercambio con el Oriente superaba a todos los demás países en bienestar y cultura y cuya ilustración laica no interrumpió jamás completamente la tradición grecorromana, es donde por primera vez se disiparon las tinieblas que la Iglesia había extendido sobre el pasado...» No se entiende de qué ilustración laica se trata, que haya durado desde la Roma de Augusto hasta la del Renacimiento.

Con todo, con estas reservas, puede el libro de Rachel prestar utilidad a los que deseen tener una idea sintética y no del todo superficial del desarrollo de la Historia Universal. La presentación muy buena y sin faltas honra a la Editorial Zamora.

## LIBROS RECIBIDOS

SOFOCLES y ESQUILO. - Obras completas. 783 págs. en 16. El Ateneo. Buenos Aires. 1946.

RUEDA, Julio V. - La energía atómica. 269 págs. en 8vo. El Ateneo. Buenos Aires. 1945.

FRANCO, José R. del. - Establecimiento y progreso de los primeros estudios superiores en Córdoba. 1609-1879. 276 págs. en 8vo. Córdoba. 1946.

MOSQUERA, Enrique D. - Ensayo crítico sobre la campaña libertadora al Perú (hasta Guayaquil). 300 págs. en 16. Biblioteca del Oficial. Buenos Aires. 1947.

VAN STEENBERGHEN, Fernand. - Ontologie. 224 págs. en 8vo. Institut Supérieur de Philosophie. Louvain. 1946.

VAN STEENBERGHEN, Fernand. - Epistémologie. 272 págs. en 8vo. Institut Supérieur de Philosophie. Louvain. 1947.

RAEYMAEKER, Louis de. - Philosophie de l'être. Essai de synthèse métaphysique, 431 págs. en 8vo. Louvain. 1947.

COLLINS, James. - The Thomistic Philosophy of the Angel. 383 págs. en 8vo. The Catholic University of America Press. Washington. 1947.

STRENA Seminarii Maioris Metropolitani Platensis Rectori et Professori Raphael Trotta. 465 págs. en 8vo. La Plata. 1947.

CHESTERTON, G. K. - Alarmas y digresiones. 165 págs. en 16. Espasa-Calpe Argentina. Buenos Aires. 1946.

QUEVEDO, Francisco de. - Política de Dios y gobierno de Cristo. 272 págs. en 16. Espasa-Calpe Argentina. 1946.

IBARGUREN, Federico. - Lecciones de historia rioplatense. 192 págs. en 16. Buenos Aires. 1947.

MONTARCE LASTRA, Antonio. - Redención de la soberanía. Las Malvinas y el diario de doña María Sáez de Vernet. 156 págs. en 16. Buenos Aires. 1946.

IORIO, Thomas A., S. I. - Theologia moralis. Vol. I. 245 págs. en 8vo. D'Auria. Neapoli. 1946.

DAWSON, Christopher. - Así se hizo Europa. 387 págs. en 8vo. La espiga de oro. Buenos Aires. 1946.

TEIXEIRA, Manuel, S. I. - Vida de san Francisco Javier. 313 págs. en 16. Editoriales católicas. Buenos Aires. 1945.

THE AMERICAN CATHOLIC PHILOSOPHICAL ASSOCIATION. - Philosophy of being. 207 págs. en 8vo. The Catholic University of America. Washington. 1946.

ZARAGÜETA, Juan; GONZALEZ, Ireneo; MINGUIJON, Salvador; CORTS, José. - Balmes, filósofo social, apologeta y político. 484 págs. en 16. Madrid. 1945.

SCHUBART, Walter. - Europa y el alma del Oriente. 307 págs. en 8vo. Pöbltel. Buenos Aires. 1947.

SARTORI, Cosmas, O. F. M. - Enchiridion Canonicum. 494 págs. en 16. Typ. Agustiniiana. Romae. 1945.

TAUNAY, Alfonso de E. - San Pablo en el siglo XVI. Biblioteca de autores brasileños traducidos al castellano. Buenos Aires. 1947. 341 págs. en 8vo.

UNA RELIGIOSA DEL BUEN PASTOR. - La Madre San Agustín. 249 págs. en 4to. Barreiro. Montevideo. 1946.

LANGREO, Marisa. - Felipe II. 190 págs. en 8vo. Ballesta. Buenos Aires. s/d.

RAYMOND, M., O. C. S. O. - La familia que alcanzó a Cristo. 485 págs. en 16. Difusión. Buenos Aires. s/d.

VITORIA, Francisco. - Elecciones sobre los indios y el derecho de guerra. 166 págs. en 16. Espasa-Calpe Argentina. Buenos Aires. 1946.

GALILEANO, Ana. - Los próceres argentinos y su devoción a la Virgen María. 119 págs. en 16. Difusión. Buenos Aires. 1947.